

próximo un defectillo: ella tomara el dinero de su mismo padre; vea Vmd. si rehusará el de un tío postizo.

Que diga lo que quiere, dixo Don Anibal: si quiere todos los años la tercera parte de la pension que me han de dar se la prometo, y me parece que es bastante, aun quando se tratara de todas las rentas de S. M. Católica. Si yo fuera, replicó el mercurio del Baron de Roncal, me fiaria de su palabra de Vmd., yo sé que no faltará á ella; pero Vmd. trata con una personilla naturalmente muy desconfiada. Por otra parte ella querrá mas que Vmd. le dé de antemano en dinero contante las dos terceras partes de su renta. ¿De dónde diablos quiere ella que yo lo saque, interrumpió ásperamente el oficial? Cree por ventura que soy Contador mayor? Tú debes no haberla instruido de mi situacion. Perdóne Vmd., repitió Perillo; sabe muy bien que Vmd. está mas pobre que Job: no puede ignorarlo con lo que le tengo dicho; pero no tenga Vmd. cuidado; soy un hombre fertil en expedientes. Conozco un pícaro usurero ya viejo que acostumbra prestar su dinero al diez por ciento; Vmd. le hará ante un notario cesion de la pension del primer año en pago de una igual suma que recibirá Vmd. desfalcada la usura. En orden á la fianza el prestador se contentará con vuestra casa de Chinchilla tal como es, por lo que en este punto no tendrán Vmds. disputa.

El

El Capitan protextó que siempre que tuviera la fortuna de participar de las gracias que se habian de distribuir, el dia siguiente aceptaria estas condiciones. En efecto se verificó: le dieron una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Luego que supo esta nueva dió todas las seguridades que se le exígieron, evacuó sus cosillas, y se volvió á Castilla la Nueva con algunos doblones que le habian quedado.

CAPITULO XIII.

Gil Blas encuentra en Madrid á su querido amigo Fabricio. El gran gusto que tuvieron ambos. A dónde fueron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron.

Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á Palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir los Grandes, quienes allí me parecian sin aquel brillo que en otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba cantoneándome en los aposentos, haciendo como otros muchos una necísima figura, percibí á Fabricio, á quien me habia dexado en Valladolid sirviendo al Administrador del hospital. Lo que me espantó en extremo fue verle hablar familiarmente con el Duque

TOMO III.

M

de

de Medianadionis, y el Marques de Granta Suz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oírle; además de esto él iba vestido como un caballero. Si me engañaré, me decia, ¿será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede ser que sea algun Cortesano que se le parezca. No estuve mucho tiempo en duda; idos los señores me acerqué á Fabricio: inmediatamente me conoció, me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar el concurso para salir de las piezas, me dixo abrazándome: mi amado Gil Blas, me alegro mucho de verte. ¿Qué haces en Madrid? ¿Estás todavía sirviendo? ¿Tienes algun empleo en la Corte? ¿En qué estado están tus negocios? Dime todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid. Me preguntabas muchas cosas de un golpe, le respondí, y el lugar en donde estamos no es á propósito para contar aventuras. Tienes razon, me dixo; mejor estaremos en mi casa; ven, voy á llevarte; no está lejos de aquí. Estoy libre, alojado agradablemente en una buena casa, vivo contento, y soy feliz pues que creo serlo.

Acepté el partido, y me dexé llevar de Fabricio, que me detuvo en una casa de buena fachada; en donde me dixo que vivia. Atravesamos un patio que tenia á un lado una grande escalera por donde se subia á unos aposentos sobervios, y por el otro una subida tan obscura como estrecha, por donde fuimos al

III OMC alo-

alojamiento que me habia ponderado. Este se reducía á una sala única, en la qual mi ingenioso amigo habia hecho quatro separaciones con tablas de pino: la primera servía de antesala á la segunda, en donde dormia; de la tercera habia hecho su gabinete, y de la última una cocina. La sala y la antesala estaban adornadas de mapas, papeles de conclusiones, y los trastos eran correspondientes á la colgadura. Estos se reducían á una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de tela pajiza, guarnecida de una franja de seda de Granada del mismo color, una mesa con pies dorados, cubierta con un cordoban, que parecia haber sido encarnado, y ribeteado con una franja de oro falso tomado con el tiempo, un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. Tenia por papelera en su gabinete una mesita, y su biblioteca se componia de algunos libros y de algunos legajos de papel que tenia en unas tablas ordenadas á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia lo demás, contenia vidriado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues de haberme dexado mirar bien su aposento, me dixo: ¿Qué juicio haces tú de mi equipage y mi habitacion? ¿No te has encantando de verla? A fé mia que sí, le respondí sonriéndome; precisamente tú haces tu negocio en Madrid, pues que estás tan bien provisto. Sin duda tienes alguna comision.

2

No

No lo permita el Cielo, me replicó. Mi ocupacion es mas provechosa que esos empleos. Un hombre de distincion de quien es esta posada me ha dado una sala de la que he hecho quatro piezas que he adornado como ves; á mí nada me falta, y solo me ocupo en lo que me agrada. Háblame con claridad, le dixé, mi deseo de saber tus cosas se ha aumentado. Está bien, me dixo, voy á darte gusto; soy escritor: me he dado á las bellas letras, escribo en verso y en prosa, en suma hago á pelo y á lana.

¡Tú favorecido de Apolo, exclamé riéndome! Cosa es esta que jamas hubiera adivinado; ninguna otra cosa me hubiera sorprendido tanto. Dime, ¿qué atractivo has podido tú encontrar en la condicion poética? Me parece que estas gentes son despreciadas en la vida civil, y que no son los mas ricos. ¡Oh! quitate allá, gritó: eso es bueno para aquellos miserables autores, cuyas obras son el desprecio de los librerós y de los cómicos. ¿Qué hay que estrañar si no se estiman semejantes escritos? Pero los buenos, amigo mio, están en el mundo sobre mejor pié; y yo sin vanidad puedo decir que soy de este número. No lo dudo, le dixé, tú eres un mozo de grande entendimiento, y así tus composiciones no pueden ser malas; pero lo que deseo saber, y que me parece digno de mi curiosidad, es el cómo te ha acometido el furor de escribir.

Jus-

Justa es tu admiracion, dixo Nuñez. Estaba tan contento con mi estado en casa del señor Manuel Ordoñez, que de ninguna manera deseaba otro. Pero mi genio habiendo superado poco á poco, como el de Plauto, á la servidumbre, compuse una comedia que representaron los cómicos de Valladolid. Aunque ésta no valió un pito, tuvo un gran suceso; de aquí inferí que el público era una buena vaca de leche, que facilmente se dexaba ordeñar. Esta reflexion, y el furor de componer nuevas piezas me sacaron del hospital. El gusto por la poesia me quitó el de las riquezas; y para formar mi gusto resolví venir á Madrid, como al centro de los ingenios: me despedí del Administrador, quien, como me amaba mucho, sintió bastante mi resolucion. Me dixo, que por qué queria dexarle, que si me habia dado sin pensar algun motivo de disgusto? No señor; le respondí, Vmd. es el mejor de todos los amos que se pueden encontrar, estoy agradecidísimo á las bondades de Vmd.; pero Vmd. sabe que cada uno debe seguir su estrella; la mia me parece que es la de eternizar mi nombre con obras de ingenio. ¡Qué locura, me replicó este buen paisano! Ya estás arraigado en el hospital, eres de la cantera de los mayordomos, y aun de los administradores. Tú vas á dexar lo sólido para ocuparte en fruslerías. El mal es para tí, hijo mio.

El Administrador viendo que era predicar en

en desierto me pagó mis salarios, y en reconocimiento á mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados. De modo que con esto, y con lo que había podido recoger en las pequeñas comisiones que se habían encargado á mi integridad, me puse en estado de presentarme decentementē en Madrid; lo que no dexé de hacer aunque los escritores de nuestra nación no se paguen de la decencia. Inmediatamente me familiaricé con Lope de Vega Carpio, Miguel de Cervantes Saavedra, y los demás autores famosos; pero, con preferencia á estos dos grandes hombres, elegí para mi preceptor un jóven Bachiller Cordobés, el incomparable Don Luis de Góngora, el genio mas excelente que jamas ha producido España; no quiere que sus obras se impriman en su vida, únicamente se contenta con leerlas á sus amigos. Lo que tiene de mas particular es que la naturaleza le ha dotado con el talento raro de acertar en toda suerte de poesias, principalmente en las piezas satíricas; vé aquí su fuerte. No es como Lucilio, un torrente turbio que lleva consigo mucho cieno; sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

Tan buena pintura me haces de este Bachiller, le dixé, que no dudo tendrá muchos envidiosos una persona de tanto mérito. Así es, dixó; todos los autores, tanto buenos como malos, se desenfrenan contra él; el uno dice que

que tiene un estilo hinchado, que gusta de agudezas, metáforas y transposiciones: sus versos, dice otro, tienen la obscuridad de los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes Salios que nadie entendia; tambien hay quien le echa en cara que tan presto hace sonetos ó romances, tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente hubiera intentado deslucir á los mejores escritores en todo género de poesía; pero todas estas saetas de la envidia se despuntan al dirigirse contra una Musa amada de los Grandes y del pueblo. Tal es el maestro que escogí, y me atrevo á decir sin vanidad, que le imito: habiendo poseído de tal modo su espíritu que ya compongo pedazos abstractos que no los juzgaria indignos de sí. Tambien sigo su exemplo vendiendo en las casas de los Grandes mis géneros, siendo recibido maravillosamente en ellas, y en donde hallo gentes que no son mal contentadizas. Es verdad que mi entrada es artificiosa, lo que no daña á mis composiciones. En fin me aman muchos señores, y sobre todo vivo con el Duque de Medianadionis, como Horacio con Mecenas. Vé aquí, prosiguió, de qué modo me he transformado en autor; nada mas tengo que contarte: á tí, Gil Blas, toca ahora el referir tus hazañas.

Hícelo muy por menor, suprimiendo todo lo que me pareció no ser del caso. Despues se trató de comer, y sacó de su armario de ébano

ser-

servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino excelente, y nos pusimos á la mesa con aquella alegría que experimentan dos amigos que se encuentran despues de una larga separacion. Tú ves, me dixo, mi vida libre é independiente. Pudiera seguir el exemplo de mis camaradas comiendo todos los dias en casa de algunas personas distinguidas; pero ademas de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soy un nuevo Aristipo; tan contento estoy con el gran mundo como con el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.

Tanto nos agradó el vino que fue menester sacar otra botella del armario. De sobre mesa le dí á entender tendria gusto en ver algunas de sus producciones. Al instante sacó de entre sus papeles un soneto que me leyó con énfasis; pero á pesar del fuego con que lo leyó me pareció tan obscuro que nada pude comprehender. Percibiólo, y me dixo: el soneto no te ha parecido muy claro; ¿no es así? Le confesé que hubiera querido un poco mas de limpieza; riyóse de mí, y prosiguió: este soneto, amigo, lo mejor que tiene es el no ser inteligible. Los sonetos, las odas y las obras que piden sublimidad no quieren estilo simple y natural, la obscuridad es su caracter, y en ella consiste su mérito. Con que el poeta crea que se entiende es bastante. ¿Te burlas, le dixe? Todas la poe-
za

za que sean, piden buen juicio y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas que tú, le rebaxaré mucho en mi opinion: quando mas, agradará y engañará á su siglo; pero de otro modo juzgará la posteridad. Mas veamos ya tu prosa.

Me manifestó un prólogo que me dixo pensaba poner á la cabeza de una coleccion de comedias que estaba imprimiendo. Me preguntó qué me habia parecido. No me gusta mas tu prosa, le dixe, que tus versos. El soneto es una algaravía, en el prólogo hay expresiones muy estudiadas, palabras que el público no conoce, frases enredosas, y en una palabra, tu estilo es singular, muy ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores. ¡Pobre ignorante, exclamó Fabricio! ¿No sabes tú que todo prosador que aspira hoy á la reputacion de pluma delicada, afecta esta singularidad de estilo, estas expresiones extraviadas que tanto te chocan? Nos hemos aunado cinco ó seis inovadores atrevidos que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con la ayuda de Dios lo hemos conseguido á pesar de Lope de Vega, Cervantes y todos los demas ingenios que nos andan contrapunteando sobre nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte personas distinguidas, y hasta teólogos entran en nuestra quadrilla.

Sobre todo, continuó, nuestro designio es

loable ; y fuera de preocupaciones , nosotros somos de mas mérito que aquellos escritores naturales que hablan con el lenguaje del comun. No sé por qué diablos merecen la estimacion de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Aténas y Roma , en donde todos se confundian ; por lo que Sócrates dixo á Alcibíades , que el comun era un maestro excelente de la lengua ; pero en Madrid es otra cosa, aquí tenemos estilo bueno y malo , y los Cortesanos se explican de un modo diferente que los de las provincias. En fin desengáñate , que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gentileza de nuestra diction á la baxeza de la suya. Dirian ellos , por exemplo , llanamente : *los intermedios hermocean una comedia.* Y nosotros con mas gracia decimos : *los intermedios hacen hermosura en una comedia.* Observa bien este *hacer hermosura* : ¿ percibes tú todo el brillo , la delicadeza y gracia que esto contiene ?

Habiendo interrumpido á mi innovador con una carcajada , le dixe : anda al diablo con tu lenguaje culto : tú eres original. Y tú con tu estilo natural , repuso él , eres una gran bestia ; vé , prosiguió , aplicándome aquellas palabras del Arzobispo de Granada , *vé á mi Tesorero que te dé cien ducados , y el Cielo te guie con esta suma. A Dios , señor Gil Blas : deseo á Vmd. un poco de mas gusto.* Renové mis carcajadas

al

al oír esta pulla , y Fabricio sin haber perdido nada de su buen humor me perdonó la irreverencia con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salimos con ánimo de ir á pasearnos al Prado , pero al pasar por la puerta de una botilleria nos dió gana de entrar.

En esta casa se hallaba regularmente buena compañía. Ví entretenerse de varios modos á algunos caballeros en dos salas separadas. En la una se jugaba á la primera y al alxedrez , y en la otra habia diez ó doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para entender que el asunto de su contienda era un punto de metafísica ; porque era tal el calor é ímpetu con que hablaban , que no parecian sino dos endiablados. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleázaro , se hubieran visto salir demonios por sus narizes. ¡ Oh , buen Dios ! dixe á mi compañero. ¡ Qué vivacidad , qué pulmones ! No parece sino que estos disputadores nacieron para pregoneros. La mayor parte de las gentes yerran su vocación. Sí verdaderamente , respondió , estas gentes son al parecer de la raza de Novio , aquel banquero Romano , cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros ; pero lo que mas me disgusta de sus discursos , añadió , es , que se han atolondrado infructuosamente. Nos apartamos de estos

N 2

me-

metafisicos gritones, y con esto deseché una jaqueca que ya empezaba á sentir. Nos fuimos á un rincón de la otra sala, y habiendo bebido algunos vasos de helado, principiámos á examinar los que entraban y salian. Como Nuñez los conocia casi á todos, dixo con exelamacion: vive Dios que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en un rato, pero á bien que llega tropa de refresco: los tres primeros no tardarán en tomar partido. Pero ¿ves esos dos originales que salen? Pues esa personilla morena, seca, y cuyos cabellos floxos y largos le caen en partes iguales por detras, y por delante, se llama Don Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que pica de petimetre. El otro día fuimos un amigo y yo á comer con él, y le sorprendimos en una ocupacion muy singular; se divertia en su estudio tirádo, y haciéndose traer por un lebrél los rollos de autos de que debia dar cuenta, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El Licenciado que le acompaña, aquel cara de tomate, se llama Don Querubin Tupido; es Canónigo de la Iglesia de Toledo, y el mas fatuo de los mortales. No obstante, al ver su ayre risueño, sus ojos brillantes, su risa fingida y maliciosa, se le creerá sabio, y de gran penetracion. Quando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda, pone la mayor atencion, como si penetrára todo su fondo; pero maldita la cosa que entiende. Este asistió á la comida en

ca-

casa del togado, en donde se dixeron cosas muy agudas sin que Don Querubin profriese una palabra; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudia nuestros chistes daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

¿Conoces, dixé á Nuñez, aquellos dos capirrotos que están de codos sobre una mesa en el rincón hablando tan baxo, que parece que se besan? No, me respondió, no he visto estas caras, pero segun lo que aparentan serán políticos de café que murmuran del Gobierno. ¿Ves á este caballereite que silvando se pasea en esta sala, sosteniéndose en tanto sobre un pie, y en tanto sobre el otro? Pues es Don Agustín Moreto, poeta mozo que muestra gran talento. Aquel á quien se acerca es uno de sus camaradas, que compone versos prosaicos ó prosa en rimas, y á quien tambien sopla la Musa.

Todavía hay mas autores, exclamó señalándome dos hombres de espada que entraban: no parece sino que se han carteadado para venir á pasar revista delante de tí. Vé allí á Don Bernardo Deslenguado, y á Don Sebastian de Villaviciosa. El primero es un espíritu lleno de hiel, que parece ha nacido baxo el dominio de Saturno, un hombre dañino, que se complace en aborrecer á todo el mundo, y á quien nadie ama. Por lo que hace á Don Sebastian es un mozo de buena fé, un autor muy concienzudo. Poco hace ha dado al teatro una pieza que

que ha lucido extraordinariamente, y por no abusar mucho tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar explicándome las diferentes figuras del quadro variable que teníamos presente, quando le interrumpió un gentil-hombre del Duque de Medianadionis diciéndole: Señor Don Fabricio, buscaba á Vmd. para decirle que S. E. el Duque mi señor desea hablarle, y que espera á Vmd. en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran señor no hay priesa que baste, se apartó de mí para ir á ver á su Mecénas, dexándome muy admirado del trato que le daban de Don, viéndole transformado en noble á pesar de quanto pudiera decir el barbero Chrisóstomo, su padre.

CAPITULO XIV.

Fabricio coloca á Gil Blas en casa del Conde Galiano, título de Sicilia.

El gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa. Buénos dias, dixé al entrar, señor Don Fabricio, la flor y la nata de la nobleza Asturiana. Al oirme se echó á reir; tu has notado, me dixo, que me han tratado de

de Don? Sí, caballero mio, le respondí, y permítame te diga que ayer quando me contaste tu metamórfosis olvidaste lo mejor. Ciertamente, respondió: pero en verdad que si he tomado este título de honor, menos ha sido por vanidad que por acomodarme á la de los otros. Bien conoces á los hombres; maldito el caso que hacen de un hombre de bien, como tenga la desgracia de faltarle riquezas ó nobleza. Además puedo decirte que conozco tantas gentes, y Dios sabe qué clase de gentes, que se hacen llamar Don Francisco, Don Gabriel, Don Pedro ó Don como tú quieras llamarle, que es preciso convenir en que la nobleza es una cosa comúnísima, y que un plebeyo que tiene mérito, la honra quando quiere agregarse á ella.

Vamos mudando de asunto, añadió, cenando anoche en casa del Duque de Medianadionis, en donde entre otros convidados estaba el Conde Galiano, rodó la conversacion sobre los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré hallar ocasion de divertir á la compañía sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilias. Tú puedes imaginar quanto se reirian, y qué apodos no se darian á tu Arzobispo; lo que no ha tenido malas resultas para tí, porque se han compadecido, y el Conde Galiano despues de haberme hecho muchas preguntas de tí, á las quales puedes considerar que he respondido como debia, me ha hecho el encargo de que te lleve á su casa, y en este instante.